

BALANCE FRUCTIFERO

UNA TEMPORADA DE BALLET

Concluida la temporada del Ballet de San Francisco, conviene establecer un balance de lo que ella ha significado, en particular atendiendo a lo que puede aportar como enseñanza en el desarrollo de nuestro ballet. Sin necesidad de un mayor estudio.

Conjunto. El equipo de bailarines, formado en una severa escuela clásica dentro de la línea de los ballets rusos, tiene una solvencia y corrección dignas, aunque sin alcanzar ningún brillo excepcional. Las figuras son elegantes, algo débiles en ciertos casos y por tanto incapaces de demostraciones gimnásticas de peso, pero de líneas armoniosas, y sobre todo con un buen entrenamiento. De ahí procede la unidad general del conjunto, y la homogeneidad de su rendimiento.

Debe señalarse, no obstante, el mayor relieve de algunos, como Sally Bailey que tiene la mejor figura clásica del conjunto femenino, con una limpieza y un acento en sus movimientos que la ubican entre las buenas bailarinas de tradición clásica. También deben citarse Nancy Johnson y la estilista húngara Jocelyn Miller, aunque ésta es de una frialdad excesiva en sus danzas que no hace valer sus reales facultades.

Entre los hombres Richard Carter es el más diestro, con un salto clásico muy seguro, y el que parece quedarle chico el recordar habidas sus propias dimensiones. También demostraron eficiencia Roderick Drew y Allen Chadwick, el único capaz de una mayor resistencia física.

Coreógrafos: A falta de grandes bailarines, el conjunto descansa sobre la aparición de un buen coreógrafo, su director Lew Christensen, y sobre algo que importa aún más, que es una buena tradición balletística que respalda al creador. Es un caso semejante al del Ballet Chileno de Uthoff. Christensen no parece un revolucionario, ni demostró en sus diversos espectáculos una invención original que deslumbrara, pero es un trabajador de buen gusto, tiene imaginación, y al ella le falta, descansa y se fortalece con la escuela balletística de Georges Balanchine en la que él se formó, y que evidentemente es la creadora más activa del nuevo ballet americano.

No podría decir que Christensen es un conservador y difusor de la escuela de Balanchine, y sus mejores momentos (el Balletino) son variaciones inteligentes sobre el modelo de su maestro. Es explicable que las dos últimas coreografías modernas que haya presentado el conjunto sean las de Balanchine y las de Dollar que es también discípulo de aquél.

Ballets abstractos: Dentro del repertorio presentado, los tres mejores momentos estuvieron representados por tres ballets abstractos correspondientes a cada uno de los coreógrafos mencionados: Concerto Barocco (J. M. Bach) de Balanchine, Balletino (Vivaldi) de Christensen y Concerto de Mendelssohn de Dollar.

La originalidad de esta modalidad, su afinación artística, sus riquísimas posibilidades, tuvieron espléndida expresión en cada uno de ellos. Es en Balanchine donde está el repertorio de ideas, donde es más puro el estilo, más frío también; su discípulo William Dollar demostró con su concierto de Mendelssohn una gracia armoniosa y un equilibrio sano, muy estilizado, que ya nos habla impresionado en el "Cumbate" que sobre música de Unifield trajeron las Estrellas de París. Christensen es el que se muestra más pegado a Balanchine, aunque es más amable y sensible al canto. El "Balletino" es su mejor creación coreográfica, y con buen uso ha empleado las mallas negras y el panorama neutro, desnudándolo, al igual que Dollar, de toda referencia concreta en el vestuario o en la coreografía.

Ballets con argumento: Los hay de distinto tipo. El ballet humorístico, anecdótico de la serie de "divertimientos" habituales como fin de es-



LEW CHRISTENSEN

Buena tradición coreográfica

pectáculo, tuvo su ejemplo en la serie del "Cascanuevas" de Tchaikovsky, cuya general pobreza sólo tuvo el respiro del "pas de deux" brillante; y en un delicioso ejemplo de humorada, el "En amore" hecho sobre tres oberturas de Rossini, donde Christensen trabajó con ligereza paródica las figuras del ballet clásico: un partenaire que se resista a sostener a la bailarina, un entrecruzamiento de argumentos y una sátira del ballet neoclásico. Algo parecido consigue con gran ingenio en el baile de la pareja de borrachos en "Exaltación de gasolina", demostrando una inclinación personal por este género rebeladino. Digo rebeladino porque el protocolar ballet "La bella y el pastor" que cuenta la elección de la diosa más hermosa por el pastor Paris cayó curiosamente entre una parodia del planteamiento dioclesiano de ese tipo de danza neoclásica, y una engañada veraldón en serio.

Los ballets de tema propiamente americano fueron el ya envejecido "Exaltación de gasolina" que aún no ha alcanzado para nosotros un encanto retrospectivo y que si conser-

va un par de momentos brillantes en el estilo burlesco, también parece un camino poco propicio para la más decentada invención de la danza. "Emperador Norton" (sobre Vernon Duke y Offenbach) resulta paradójicamente más actual. De un punto de vista argumental es endeble, simplemente acumulativo, pero la evocación de una calle del San Francisco decimonónico se cuenta entre las buenas momentos de la temporada. "Jink" (Benjamin Britten) el más unitario, el más fatalizado en tema y estructura que respondan a una invención sensible, pero aquí el tema y su tradición contribuyeron a facilitar la tarea.

"La dama de Shalott" pudo ser un ballet sorprendente si la invención hubiera sido más profunda. En verdad lo es más que en los restantes espectáculos de Christensen y no es actualidad que el libreto sea de Arthur Hiley; quien no estuvo a la altura de tema es el coreógrafo que trivializa el misterio porque parece querer ponerlo a la altura del más amplio de los poemas.

Repertorio clásico: Condensó en dos "pas de deux" de Petipa, el del Clair Argen de Tchaikovsky y el de Don Quijote de Minkus. Son los clásicos gimnásticos del buen balletin, orgullosos de sus facultades, y tuvieron en Vollmar y Dentelien dos intérpretes aparatosos, diestros y poco sensibiles. Resultaron más inventivos, más vivos, los "pas de deux" que preparó Christensen para sus obras, donde demostró su aprecio por el género y su sentido imaginativo para las nuevas composiciones.

Vestuario y Escenografía: Resultaron desparejos, con peligrosas tendencias a la estridencia, el abigarramiento superficial del tipo "Golden Pallas". Así los trajes del "En Amore" de Bolonayor, a pesar de ser este quien preparó el mejor vestuario para el "Emperador Norton". Poco afortunadas resultaron las estilizadas de Niasborough para "La bella y el pastor" y tampoco fueron muy convincentes las de Wisegard para "Cascanuevas". La mejor en esta rama estuvo a cargo del citado Bolonayor y de Tuuy Duquette para "La dama de Shalott".

En conclusión puede estimarse beneficioso el contacto con esta compañía y conviene que se repitiera. Hay aquí un material creador que del punto de vista de la sensibilidad nos es bastante cercano, y que puede contribuir a la educación de nuestro público y en particular de nuestros bailarines. Tiene alifonjos que no llegan a invalidar la seriedad y la utilidad del empeño; si en un solo espectáculo se nos hubieran ofrecido los tres ballets abstractos hubiéramos proclamado la maravilla. Quizás la única objeción poderosa se justifica en la que sirve de clave a la destreza de su trabajo; la forma mecánica de la actuación del conjunto, esa homogeneización por un término medio que parece fabricado.

Pero se injunja terminar el balance con tales objeciones, cuando ha sido tan fructífero artísticamente el contacto y cuando escribimos después de ver el concierto de Mendelssohn cuya coreografía reguló admirablemente William Dollar.